

# DOS CUENTOS

## sobre los gran danés

Era un hombre que amaba a los ratones. Se llamaba Taco y quería acabar con los gatos. Quería acabar con los gatos porque amaba a los ratones.

Taco vivía en una gran casa de campo, rodeada de campo rodeado por un espeso muro que separaba el campo de su campo. También tenía un perro Gran danés, para que protegiese con sus dientes la verja protectora de la casa de campo protegida por un espeso muro protector.

En la primera planta de la casa había un gran salón; y dentro del salón tenía Taco catorce jaulas de oro diminutas, sobre catorce veladores de ébano; y dentro de las jaulas los ratones. Los catorce ratones amaestrados que Taco amaestrara. Roedores grisáceos y marrones, y albinos y parduzcos, y pajizos y negros hasta el rabo.

Las puertas de las jaulas estaban siempre abiertas, porque Taco confiaba en sus ratones; pero eran puertas de jaulas. El Gran danés, en cambio, vivía en su caseta hecha a medida y sin ninguna puerta; sólo que estaba atado a una cadena. El Gran danés estaba amaestrado para que nadie que no fuera Taco traspasara los muros de la casa. El perro, sin saberlo, también era una puerta a su manera, con belfos y colmillos y ladridos. El Gran danés estaba atado al muro y a la verja por una fuerza antigua y misteriosa; el Gran danés no sabía lo que era una cadena. Y los ratones qué era la puerta de una jaula.

Los días de tormenta, a Taco le gustaba prender la chimenea del salón y pasarse las horas contemplando a su lustrosa prole de ratones. Mientras tanto, el Gran danés ladraba en el jardín. No quería meterse en la caseta; daba vueltas igual que un molinillo, hasta que la cadena se enrollaba y no podía seguir so pena de acabar estrangulado. Entonces lo pasaba terriblemente mal, se tendía y aullaba desesperadamente. Porque a él, un Gran danés, le gustaba correr bajo la lluvia, saltar hacia la lluvia y empaparse y espolvorear la lluvia. Pero Taco salía de la casa apresurado, bajo un paraguas negro, pendiendo de su mano una cadena corta rebrillante. Daba un par de palmadas al guardián, desenrollaba la cadena



larga, introducía al perro en la caseta y le ponía al cuello, cual dogal, la otra cadena corta rebrillante. Y el Gran danés inmenso como Alicia en una casa oscura y encogida, pensaba que su dios era infinitamente cruel y poderoso, aunque de vez en cuando le diese una palmada. Los ratones, en cambio, no sabían de un dios. Los ratones tan sólo especulaban mientras comían queso en sus doradas jaulas.

Una tarde como otras, Taco se fue en su coche a la ciudad. Como cada semana, realizó su visita de rigor a la tienda de quesos: Camembert y manchego y Livarot, Gruyère y de Holanda, y Coulommiers y Roquefort y Brie. Luego se dirigió a unos grandes almacenes y compró todas las existencias de cepos rateros, que una vez en la calle fue arrojando en cada papelera. Y desembarazado de su carga fue a la pajarería de la esquina, y se compró seis gatos maulladores. Los metió en la cajuela de su coche y dejó la ciudad.

Taco frenó despacio, suavemente, para que los mininos no se alborotasen. Sacó de la guantera un botiquín y extrajo una jeringa. Primero tomó un gato, luego otro gato y otro y otro gato hasta inyectar la dosis suficiente de estricnina a cada uno de los siete gatos, porque había otro gato en la cajuela, seguramente uno que la anterior semana dio por extraviado y que debió ovillarse en una esquina, o dormirse encastrado en la rueda de respuesto. Cada uno, a su manera, dijo el último miau, y Taco los lanzó escombrera abajo. Taco estaba contento, muy contento. Los ojos le brillaron de contento, le rebulló la sangre de contento y se sintió feliz y satisfecho ante el deber cumplido. Entre tanto, se fue cubriendo el cielo de nubes negras y rollizas.

El coche de Taco volaba hacia su casa. Taco pisaba a fondo el acelerador, pero la lluvia aceleraba más que el pie de Taco... El coche de Taco pensaba que su dios se había vuelto loco. Había



que llegar a la gran casa, abrir la enorme verja a toda prisa, entrar el coche a prisa y más aprisa nuevamente bajarse para cerrar la verja y, presuroso, meter el coche dentro del garaje para una vez guardado guardar al Gran danés en la caseta. Entonces les daría su cena a los ratones, encendería la chimenea grande del salón, y junto a sus adorados catorce roedores, escucharía el sonido de la lluvia golpeando en las ventanas.

El coche de Taco llegó por fin volando a la gran casa, Taco salió a la lluvia, abrió la verja presto y entró el coche, y se apeó de nuevo y fue a cerrar y lo hizo y empapado decidió antes de entrar en el garaje guardar en su caseta al Gran danés. Pero Taco no oía ni un ladrido. Se acercaba y no oía ni un ladrido; ni un crujido herrumbroso de la cadena larga al estirarse. Taco no oía nada porque no había nadie en la caseta. Se quedó quieto en medio del jardín, clavados los zapatos en la hierba encharcada del jardín. Pensaba en lo peor y tuvo miedo; tal vez unos ladrones treparon por el muro, se deshicieron del feroz guardián no tan feroz y entraron en la casa.

Le reventaba casi el corazón. Giró la llave y empujó la puerta. Avanzó lentamente por el recibidor. Todo parecía en orden. Así que entró al salón. Y de pronto la puerta del salón se cerró re-tumbando a sus espaldas. Y todo

fue muy rápido. Se percató primero de que era la ventana que el viento habría abierto la que hizo la corriente. Y respiró. Y mientras respiraba vio la luz. Y vio catorce jaulas doradas y vacías. Y allí estaba su perro Gran danés, meneando la cola ingenuamente, con la cadena rota colgándole del cuello y el pecho sarpuellido de diminutas gotas encarnadas.

Taco entendió ya tarde que no hay cadena humana que a fuerza de estirar no acabe rota (porque los fabricantes de cadenas necesitan seguir en el negocio) y que los Gran danés, si acaso alguien lo ignora, se alimentan a veces de ratones.

JOSE FDEZ. DE LA SOTA